

“Nuestra mesa de siempre”, Ángela Mori

Aún recuerdo cómo todo solía ser. Cómo solíamos ser. Paso por la misma mesa que un día fue lugar de confidencias, almuerzos... y muchas risas. Ahora sólo queda una cinta que precinta lo que un día fue nuestro espacio común.

Era marzo de 2020 y en esa misma mesa, la de siempre de la cafetería, terminamos la entrega de Psicología social y Miguel comenzó a planear el viaje del que llevábamos tiempo hablando. —¿Qué os apetece más, hotel o apartamento? —

Marta fue la primera en contestar —Yo creo que para que podamos ir a nuestra bola y cocinar lo que queramos, mejor un apartamento cerca del centro ¿no? —

Sergio y yo asentimos. Yo ya podía visualizarnos por las calles de Marrakech, entre telas vibrantes y especias exóticas creando mil anécdotas entre sopas y té. Al fin y al cabo, era la primera experiencia que íbamos a vivir juntos fuera de la universidad y era la oportunidad perfecta para conocernos mejor fuera del contexto de las clases. Nos habíamos conocido hace 5 meses, sentándonos juntos en clase casi por inercia. Nos hicimos amigos sin planearlo, como suceden las mejores cosas. Quedamos en mandar esa tarde cada uno una propuesta de vuelos y hotel para el viaje, las fechas las teníamos claras: la semana santa de 2020.

Un correo nos llegó a la mañana siguiente. Se suspendían las clases durante 15 días. Lo que para nosotros hasta ese momento había sido una noticia que se escuchaba de vez en cuando en el telediario y broma de algún que otro meme, se convirtió en un mensaje que nos catapultaba a universos distintos. Solo que, por aquel entonces, nosotros aun no lo sabíamos. Ajenos a la importancia de lo que sucedía en ese momento, bromeábamos con una organizar una barbacoa ahora que las clases se habían suspendido.

Qué ingenuos— pienso mientras paso por el salón de actos al que tantas veces asistí, siempre repleto de gente. Recuerdo la representación que hice junto al club de teatro al que me apunté en primero de carrera, los nervios antes de que se abriese el telón. Mi padre aplaudiendo en primera fila. Paso por el seminario en el que gané mi primer torneo de debate, el cual descubrí por los carteles pegados por toda la facultad. Nos juntábamos casi todas las tardes después de clase para mejorar nuestros argumentos, detectar las falacias del equipo contrario y perfeccionar nuestra prosodia... o tal vez todo eso fuera la excusa para pasar un buen rato en nuestro local. Ese local que, a 15 de noviembre de 2020, tiene un signo de prohibido pasar en la puerta.

Pero, en aquel entonces, siempre había algo que hacer. La universidad vibraba, y nosotros lo hacíamos con ella: siempre había una charla a la que asistir, un club al que apuntarse, unos cursos que se ofertaban o unos microondas donde calentar los macarrones que traíamos de casa. Echábamos los días allí. Más allá de las clases, la universidad era el espacio donde crecimos como personas. Donde aprendimos a desenvolvernos y descubrir facetas nuestras que no sabíamos que existían. Y sí, también donde nos conocimos.

Paso ahora por la cafetería, también precintada, pero alcanzo a asomarme a través de la ventana. Pienso en Rosario, quien todos los miércoles me reservaba un menú aunque llegara

fuera de hora porque sabía que vendría tarde. ¿Dónde estará ahora? ¿Qué habrá sido para ella perder el empleo en el que llevaba más de 15 años?

Me echo gel antes de entrar en el edificio de las clases. Edificio que ahora piso cada 15 días, y cuyo suelo está repleto de flechas que indican el camino a seguir para evitar aglomeraciones. En clase me espera Miguel y chocamos el codo. Miguel vive con su abuela y casi nunca viene las veces que quedamos para comer o merendar.

—Bueno, ahora dice la OMS que hasta el saludo de codos es peligroso, así que ni eso deberíamos—me dice.

Y aunque no puedo verla, adivino a través de su mascarilla una sonrisa triste. Esa sonrisa de Miguel, la que hace muchos meses que no veo pero no me cuesta recordar. Nos sentamos a 3 mesas de distancia. Me giro pero detrás no están ni Marta ni Sergio para comentar la broma que ha hecho el profesor. Ahora van al otro turno que se hizo para evitar aglomeraciones en la facultad. Recuerdo que cuando salieron las listas de quién iba a cada turno, cuyo criterio era la inicial de nuestros apellidos, deseamos haber sido primos lejanos, habernos llamado de otra forma... tal vez todos Hernández o Rodríguez.

—Acuérdate del Skype a las 20h— le digo a Miguel cuando nos despedimos con un gesto de adiós.

Cuánto anhelamos el roce. El contacto, el cariño humano. Sentirnos. Sentir que, a pesar de todo, no estamos solos. Que existen vínculos, conexiones. Que nos hacen sentir vivos. Pero se prohibieron los abrazos. Las videollamadas y las redes sociales trataron de cubrir esos inesperados vacíos.

El paradójico concepto de “nueva normalidad” se instauró en nuestras vidas. Traía consigo un pack de mascarillas, 1 metro y medio de distancia de seguridad, reservas previas en la biblioteca, y un “cuentapersonas” continuo para ver si se sobrepasaban las 10 o las 15. Pero no hizo desaparecer al miedo. El metro de vuelta a casa ya era anteriormente un lugar frío, lleno de gente -que no de personas- que huían de la interacción humana, que miraban a pantallas y se sentaban lo más lejos posible del de al lado. Tras la pandemia, el de al lado ya no es solo un desconocido, sino un posible foco de contagio, del que solo veo los ojos y al que miro mal al toser. Como si pudiera evitarlo. Pero el miedo funciona de forma transversal. Miedo a contagiarnos. Y miedo también, a contagiar. A mis padres. A la abuela de Miguel.

Escucho la conversación de dos alumnos de primero, sentados enfrente. Reflexiono sobre los alumnos de primer año y su experiencia en un sitio al que van muy de vez en cuando y sin apenas espacios que compartir.

Al menos tuve la suerte de vivirlo— pienso para mí misma en el camino de vuelta. Y es que, aunque las cosas hayan cambiado, fui partícipe durante un periodo de mi vida del ritmo frenético de la universidad y pude escuchar sus latidos, y ser parte de ellos.

Después del debate online, me conecto a Skype con Miguel, Marta y Sergio, costumbre de todos los jueves que iniciamos en pleno confinamiento y mantenemos meses después.

Y es que hay cosas que una pandemia mundial no ha logrado cambiar. El vínculo que creamos sigue tan vivo como aquella tarde en la cafetería de la uni cuando elegir si hotel o apartamento era el mayor de nuestros problemas.

Llegará un momento en el que la normalidad no sea nueva, sino normalidad, como su propio nombre indica. En el que miraremos atrás y recordaremos que ni si quiera la más frenética y sedienta de las sociedades está exenta del inexorable rumbo de la historia. Ni de sus sacudidas.

Y ojalá podamos recordarlo desde los ojos del pasado, juntos, en algún mercado perdido de Marrakech.